

Comprensión Lectora

Nombre y apellidos:
Curso: Fecha:



La verdadera historia de la mosca de la tele

Yo era una mosca de la tele. Me gustaba volar por los pasillos, chupar las salsas de cualquier comida o los restos de alguna bebida olvidada en un rincón, revolver en la basura de la cafetería y lamer los fluidos que rezuman de las cosas podridas. A todas las moscas nos gustan las porquerías. Las hay de muchos tipos: excrementos de animales, residuos de los humanos, comidas podridas... Da igual, todas sueltan un aroma que nos atrae sin que lo podamos evitar.

Allí, en la tele, había muchas más moscas, pero ninguna como yo. Las había que vivían en el restaurante-autoservicio —yo también comía allí—, las había en los jardines, en la fruta, en los árboles, en los pasillos, en los despachos, en los camerinos, en la redacción..., pero yo era única: mi trabajo consistía en fastidiar e incordiar a los presentadores hasta ser la única protagonista. Y por eso era famosa.

Un día encontré la entrada a la zona de grabaciones y directos, aprendí a meterme allí, hacía mis actuaciones y salía. Este trabajo tiene su encanto, aunque hay que saber, como en todo. Si te quedas siempre en el estudio, los presentadores se quejan y Maruchi, la de la limpieza, fumiga. Es mejor entrar y salir continuamente.

En los informativos, los locutores están atentos a lo que hay que decir en una pantalla que tienen delante y que hace que parezca que lo saben todo de memoria, pero, en realidad, están leyendo. Tienen que estar muy pendientes de las letras que van saliendo para no perder palabras, y casi no se pueden mover. A mí me gusta entrar justo en los directos y hacer varios pases de vuelo bajo por delante de ellos, alternando la cara y la cabeza. Los vuelvo locos pensando dónde voy a aterrizar. Y... ¡ZISCA! Me poso en una ceja o en la parte más alta del labio superior, lo que molesta mucho. Se despistan y las letras se les escapan de la vista, se pierden seguro y yo triunfo, convirtiéndome en la protagonista.

Cuando son programas de entretenimiento es diferente; los presentadores tienen más libertad de movimiento y si se cansan te pueden dar una bofetada y estamparte contra el decorado. Hay que tener cuidado. En ese caso lo mejor es sobrevolar al invitado y al presentador, alternativamente, haciendo pequeñas y molestas paradas en cada uno de ellos. Y venga para uno..., y venga para el otro... Al final terminan más pendientes de lo que hago yo que de la entrevista, y si todo sale bien, es habitual que hablen de mí.

—Vaya, hoy parece que tenemos una mosca con nosotros.

Dice el presentador sonriendo entre dientes e intentando no perder los nervios.

—A ver..., por favor..., si alguien del equipo puede llevársela.

En mi familia estaban orgullosos de mí, las moscas me reconocían por donde volaba y todos envidiaban y admiraban mi trabajo. Los volvía locos. La verdad es que soy una mosca bien «guapo». Quiero decir, una mosca macho; se diría «mosco» de existir el nombre, pero como no existe, soy una mosca «guapo».

Mi fama, poco a poco, había ido llegando lejos; la vida me sonreía, la suerte también... Pero quién me iba a decir a mí que aquel paraíso en el que vivía iba a cambiar en un instante.

El día en el que todo comenzó estaba feliz, trabajando en un programa musical, que también tiene su técnica. Mi forma de trabajar es distinta según haya ballet o no; cuando solo hay músicos acostumbro a ir a por el guitarrista o, en algunos casos, a por el batería. Al tener las manos ocupadas con la guitarra o con las baquetas empiezan defendiéndose con soplos y rebufos para intentar espantarme, pero como yo vuelvo y vuelvo, y me poso aquí y me poso allí, se ponen a hacer extraños gestos con la cabeza, con los hombros, con los codos, hasta que explotan y quieren darme con la guitarra, o con las baquetas, y entonces consigo el éxito total de mi actuación.

Aquel día del que hablo había bailarines, así que fui directamente a por uno de ellos para meterme en uno de sus ojos. ¡BUF! Eso no tiene remedio, triunfas fijo. El bailarín para, pierde el ritmo, se frota el ojo, da manotazos en el aire... Y todo, todo el mundo, acaba mirándome. Soy la protagonista. Un trabajo bien hecho. Era un bailarín de flamenco que taconeaba y bailaba con muchas ganas y sentimiento hasta que me puse a fastidiarlo. Lo hice como mejor sé, y fue un éxito apoteósico. Aquel humano era un gran artista, y con las mismas ganas y sentimiento se aplicó en intentar espantarme. Quedó bárbaro.

Al acabar, el resto de la colonia de moscas del edificio me aplaudió por los pasillos, me sentía como una estrella. Era una estrella.

Decidí ir a la sala de espera de los invitados y, al entrar por el pequeño agujero que hay en el techo, vi desde arriba una imagen arrebatadora. Una tremenda y maravillosa calva sudorosa. Una calva enorme, brillante, rezumando sudor a espuertas. Y tuve que hacer un vuelo en picado para lamer aquella superficie con tan buen aspect-

to. Ya iba preparando la trompa de mi boca por el aire. Mientras bajaba vi que el humano hacía un gesto, pero no me di cuenta de lo que era hasta que me posé en aquella extraordinaria calva. Ya no me dio tiempo ni a darle un lametón. Nada más aterrizar, un sombrero de paja cayó sobre mí encerrándome.

—¿Qué es esto? ¡¡¡Oiga!!! ¡¡¡Quiero salir!!! ¡Déjeme salir! ¡Quítese el sombrero!

El tipo se levantó y yo caí con el movimiento. Se despidió de una de las azafatas que acompañaba a los invitados y se dirigió él solo al pasillo principal. Yo miraba pasmada por entre el trenzado de paja. Caminaba decidido y con cierta prisa, después dobló una esquina y de frente apareció la puerta de salida.

—¡¡¡Oiga!!! ¿¿¿Adónde me lleva??? ¡No irá a salir del edificio! ¡Yo soy una mosca de la tele! ¡¡¡Déjeme salir, por favor!!! ¡Esto es un secuestro, soy una estrella!

El tipo no parecía oírme. Siguió caminando, se acercó a la barrera de los guardias, a los tornos de la entrada, a la puerta... Allí íbamos los dos.

Salió de la tele, fuera le esperaba un taxi y subió a él sin quitarse el sombrero que me encarcelaba.

—Al aeropuerto, por favor —dijo el calvo al taxista.

—¿Al aeropuerto? ¿A qué? ¿Vas a esperar a alguien o vas a coger tú un avión? —pregunté desesperada—. ¿Vas a esperar a alguien, verdad? ¡No se te ocurrirá coger un avión sin quitarte este maldito sombrero!

Primero entró en el aeropuerto, después se puso en una cola, y en otra cola, y en otra más. Esperó y esperó, sin quitarse el sombrero y sin escuchar mis gritos, que acabaron por ser lloros. No tenía ni idea de adónde me llevaba. Y cogió el avión. Y no se sacó el sombrero. Y allá fui yo con él.

La verdadera historia de la mosca de la tele, María Solar.

Ed. ANAYA, El duende verde.

Actividades de comprensión

1. ¿Por qué la mosca de la tele era diferente al resto?

.....
.....

2. ¿Por qué la mosca no se quedaba siempre en el estudio?

.....
.....

3. ¿Qué hace la mosca en los directos de los informativos?

.....
.....
.....

4. ¿En qué partes de los locutores suele posarse la mosca?

.....

5. ¿Por qué la mosca tiene que tener más cuidado en los programas de entretenimiento que en los informativos?

.....
.....
.....
.....

6. ¿Qué hace la mosca en los programas de entretenimiento para convertirse en protagonista?

.....
.....
.....

7. ¿Por qué la mosca en los musicales va directa a incomodar al guitarrista o al batería?

.....
.....
.....

8. ¿Qué hace la mosca en los musicales cuando hay bailarines?

.....
.....
.....

9. ¿Qué le pasó a la mosca en la sala de espera de los invitados?

.....
.....

